

# **Irish Coffee: ficción y realidad de una época que se bifurca**

**Roberto Rodríguez**

*Estudiante. Universidad de La Habana.*

Revisitar un determinado momento histórico mediante la ficción resulta siempre interesante. El discurso literario, tradicionalmente, ha propiciado acercamientos epocales desde perspectivas y estrategias distintas a las propuestas por la historiografía oficial. Quizás por ello un lector común prefiera acercarse a etapas distantes o no de su tiempo a través de géneros como la novela o el cuento. Para este, una nueva edición de *Irish Coffee*\* reaparece en el panorama editorial nacional, a cinco años de su primer lanzamiento. Un volumen dotado de singular atractivo no solo por ser la más reciente entrega de su autor, Alejandro Álvarez Bernal (La Habana, 1961), cuya labor ha sido objeto de numerosos comentarios y estudios críticos, sino también por constituir un acercamiento a una realidad histórica que pisa los talones a la nuestra: la década cubana de los 80.

*Irish Coffee* propone al lector una mirada a la sociedad cubana de esa década ya pasada, pero no suficientemente repasada y, por tanto, tampoco agotada.

---

\* Alejandro Álvarez Bernal, *Irish Coffee*, Letras Cubanas, La Habana, 2006.

Para ello el narrador focaliza tres protagonistas, cuyas vidas son presentadas al unísono y mantienen un mismo orden de aparición. Víctor, Benjamín y Tito, personajes típicos de nuestra cotidianidad, fácilmente reconocibles e identificados por conflictos que, si bien responden a caracteres individuales, devienen consecuencia del estatus social en el que se desarrollan. Su presencia amplía el ángulo de exploración temática. Cada uno corresponde a un área social diferente —estratos, si se quiere—, y actúan en distintos espacios, conducidos por contingencias propias de sus vidas. De esta forma, el narrador consigue una polifonía actancial sobre un espacio histórico-social común. El «cuñado de gerente», el homosexual y el desintegrado social serán la imagen de una realidad representada en muchos de sus matices. Pero sus diferencias no serán motivo de un distanciamiento total, pues son portadores de un conflicto común que los enlaza desde el principio de la novela, dada la coincidencia representacional. En los momentos finales, además de la confluencia actancial, los personajes convergerán espacialmente.

Para estructurar el argumento, el autor opta por la experimentación. La novela comienza con la

presentación de los protagonistas de modo independiente, separados gráficamente. El narrador mantiene un mismo modelo argumental, con semejanzas espacio-temporales, para revelarnos el común estado existencial de los personajes:

---

Víctor despierta, asustado y tembloroso, oyendo rebotar en las paredes los últimos ecos de su pesadilla: *regressus sum*

---

Benjamín despierta asustado y jadeante, estremecido por los últimos ecos de su pesadilla.

---

Tito despierta, asustado y aterido, sintiendo resonar en su cráneo los últimos ecos de su pesadilla.

Luego, continúa el desarrollo de lo que constituye la primera de las tres partes que componen la novela. Pero los acontecimientos respecto a cada personaje ya se suceden sin distinción gráfica, al quedar cada uno ubicado en un espacio-tiempo específico. La historia, iniciada *in media res*, se detiene más tarde y da paso al segundo segmento de la obra, «Ternarias», donde el narrador remite al pasado. Resulta singular la estructuración cronológica que asume esta segunda parte. Cuatro «ternarias» divididas a su vez en tres «tercios» sirven de marco para relatar momentos de la infancia y adolescencia de los héroes; manteniendo siempre el orden de presentación. Se insertan, además, tres fragmentos denominados «Digressio» que no fungen en tanto partes de la historia, sino como artilugio argumental. En este punto, el narrador parece transgredir el nivel diegético y hacer más explícita la estrecha relación que el texto literario establece con elementos extratextuales. *Irish Coffee* queda legitimada por el diálogo intertextual e interdiscursivo que la compone. El texto literario, el contexto social y el discurso cultural de distintas épocas resultan palabras (en el sentido bajtiniano del vocablo) interlocutoras y estructuradoras por excelencia en el ejercicio escritural de Alejandro Álvarez. La inserción de supuestas citas extraídas de publicaciones nacionales donde se hace referencia a problemáticas culturales —iniciadas en Cuba desde los años 60 y aún no extintas— se corresponde con la intención, no testimonial, de mostrar ese nexo ineludible entre la realidad y la ficción. Álvarez intenta legitimar el discurso de su universo literario a través del discurso oficial, en la misma medida que arremete contra él. La prueba en bruto de lo que se relata —nos dice subrepticamente Alejandro— está en esos «Digressio».

En el tercer momento de la novela, «Posternas», el argumento vuelve sobre sus inicios y los tres protagonistas parecen asumir un destino semejante. Sin duda, el autor se propuso componer un argumento desarticulado, salvándose de incurrir en la mera mimesis de un procedimiento ya habitual en la novela.

*Irish Coffee* demanda un lector extremadamente activo e impone la necesidad de romper con el modo tradicional de lectura, en tanto el lector se verá sorprendido ante nuevas formas de diseño gráfico del texto. No obstante la actividad de aquel debe sobrepasar el campo formal, pues igualmente está conminado a articular los variados textos que intervienen en la novela para un permanente diálogo.

La manera de mostrar a los personajes en el inicio persigue el objetivo de lograr una acertada confección de su estado psicológico. Después del despertar que marca el comienzo de la novela, los tres realizan un viaje hacia destinos diferentes en busca —unos concientes, otros no— de la posibilidad de autorreconocimiento. Sus vidas se han tornado vacías, sin sentido, inerciales, no consiguen reconocerse en el mundo en el que están inmersos, por tanto intentan explicarse el motivo de su propia existencia desde la cotidianidad.

Víctor, en suelo extranjero, trata de ocultar sus raíces campesinas y comportarse como las circunstancias lo ameritan: una esposa, el trato con personalidades de prestigio institucional, condición social, una cultura foránea. Sin embargo, un «Pepe Grillo le remuerde la conciencia» haciéndole dudar de su felicidad.

Benjamín lleva el peso de una irreductible sensibilidad emocional, esgrimida una y otra vez por los avatares de sus relaciones amorosas y por una sociedad intransigente ante su comportamiento sexual. Frente al desconsuelo por un fracaso amoroso cree encontrar salida en otra aventura, pero sin resultado. Tito, por su parte, se deja llevar por los vericuetos de la vida callejera. Para él, nada tiene mayor importancia, y una vez que las drogas ingeridas junto a sus amigos pierden su efecto, se cuestiona: «¿Dónde está lo que busco, qué es lo que busco, qué cojones hago aquí?».

Las contradicciones que asaltan a estos tres sujetos consiguen completarse cuando el narrador viaja analépticamente hacia sus respectivas etapas de infancia y adolescencia. Al quedar develados los conflictos desde su génesis, la construcción de caracteres y la novela misma se enriquecen. A pesar del manejo desarticulado de la historia, nos percatamos de que cada parte del argumento complementa a su precedente. En la medida en que el lector se aventura a ordenar los acontecimientos, irá descubriendo nuevas dimensiones. El antiguo recurso de mostrar al personaje en toda su candidez infantil para exaltar su degradación posterior, víctima del también degenerado cosmos, aparece aquí revalorado y reconstruido. La voz narrativa, despojada de cualquier dosis de sentimentalismos, refleja los acontecimientos

mediante una perspectiva casi expositiva para conseguir distanciarse lo suficiente de lo narrado, comentarlo y coquetear con el lector en su ejercicio de recepción, evocándolo sutilmente. También abundan los pasajes en los que el sujeto narrante irrumpe en la diégesis al hacer expedita su condición omnisciente al colocarse dentro de ella: «Y por antojo del autor no es como el de la vieja Fredesbinda»; y luego: «Ahora, por puro antojo del autor, esta muchacha sobre la laja está muchísimo mejor de lo que nada». Sobre todo en esta segunda parte, el relato asume, en ocasiones, un tono cínico, irónico y por momentos sarcástico.

*Irish Coffee* se inserta en la tradición novelística, sin embargo, ostenta un altísimo grado de autonomía y novedad. Visualiza el interior de una sociedad. Se coloca al borde de normas y transgrede constantemente fronteras. Sus méritos estéticos fundamentales son la reelaboración de modelos preexistentes, el particular empleo de las estructuras y presupuestos narrativos y la experimentación con el lenguaje. La diferencia social de los personajes permite el empleo de varios de sus registros. El lenguaje adopta fórmulas populares propias, incluso, de la norma vulgar para transmitir una realidad que, tras la aparente expresión superficial, esconde su perfil patético, mientras emplea simultáneamente cultismos —en este caso, frases latinas. El propósito lúdico se hace evidente. El narrador no cesa de mezclar los estilos y transgredir el lenguaje oficial. El discurso filosófico y científico es parodiado, puesto en tela de juicio, incluso, un guiño reflexivo de la voz narrativa evoca las limitantes del lenguaje literario y su deficiente capacidad para relatar miméticamente un acto en toda su realidad espacio-temporal:

De todos modos, por seguir moda y tradición se hará el intento, pero haciendo previa salvedad de que la correspondiente narración no será sino apenas, y por fuerza, un pálido reflejo de lo que en verdad esté ocurriendo en este claro, porque los requerimientos del lenguaje escrito y su lectura exigen una linealidad en la disposición de las oraciones, una consecutividad de períodos francamente implacable, y de poco auxilio sirven los verbos y sus tiempos y modos para describir, como se debe, un pastel de este tipo, caracterizado ante todo por la simultaneidad de las acciones y el vertiginoso cambio de coyundas y prelações.

Pero eso sí, no vamos a encontrar meditaciones culteranas sobre el hecho narrativo. La observación se consume en la manipulación que el autor consigue de las riquezas del lenguaje. Justamente, la ingeniosa estructura y los métodos formales con que se articula la novela garantizan un merecido sostén al campo temático. De la misma forma en que el autor transgrede modelos creativos, expande su visión más allá del

momento histórico central del argumento. Como buen observador y conocedor de una década compleja, Álvarez Bernal se remite a fenómenos anteriores, pero determinantes para la conformación de un cosmos social resultante y a su vez engendrador de la posteridad. Quizás en esto radique uno de los principales valores de la obra que tan oportunamente Letras Cubanas decidió reeditar. Y es que *Irish Coffee* deja de revelar el pasado desde el pasado para imponerse como testimonio del presente, si bien con salvedades.

Aunque el instante histórico-espacial que refleja la novela se identifica con los años 80 en Cuba, el autor coloca supuestos fragmentos documentales que datan de los 60, y la novela regresa a las librerías cubanas en 2006, coincidiendo con los debates intelectuales sobre asuntos de aquellas décadas que, de alguna manera, están tratados en el texto de Álvarez Bernal. Tres momentos consiguen encontrarse a destiempo en virtud de un presente estigmatizado por el ayer y que apuntan al mañana.

La Habana y Moscú funcionan como los dos espacios —insinuados desde el inicio— donde se desarrollan los acontecimientos. Las contradicciones y contrastes de la sociedad cubana se manifiestan sin la más mínima solapa. La concomitancia de ambos espacios no es casual: el autor recrea esta relación gubernamental en función de lograr un efecto especular y predictivo. Con singular comicidad, la heroica ciudad roja se nos muestra como una especie de híbrido en el que confluyen vestigios de la epopeya leninista y elementos icónicos de la penetración del mercado capitalista y norteamericano. La historia de Víctor, que capta el cambio de sensibilidad de la sociedad rusa, anuncia un fenómeno que no tardaría en arribar a las costas del Caribe; pero, además, cual tropo metonímico, adelanta el carácter paradójico del estado insular. Las diferencias socioeconómicas en el contexto nacional emergerán en la ficción inmediatamente que comienza la novela, y un tema, anteriormente tratado en la literatura cubana, resurge: me refiero al nacimiento de los llamados «nuevos ricos», sector fácilmente reconocible dada su aparición durante los años correspondientes a la historia.

El personaje de Tito se ubica en el medio opuesto para acentuar el contraste. El narrador focaliza un sector doloroso, pero no excluido de la sociedad: la mal llamada marginalidad, presentada por medio de la desarticulación familiar por la muerte de uno de sus miembros. Así, el narrador encuentra el pie forzado para hurgar en la eterna disyuntiva de «cómo» y «quién» debe gobernar. En este marco, otros subtemas encuentran cabida, como la drogadicción, la vida vagabunda, la delincuencia y las vías de subsistencia para un individuo

cuya inclusión en la dinámica de la estabilidad social se hace imposible.

Por otra parte, a través de Benjamín, se abre en la novela el desarrollo de tópicos referentes a las discrepancias entre cultura y política. Esas tensiones, que tuvieron origen en Cuba a principios del proyecto revolucionario y que no han sido del todo erradicadas, encuentran lugar en la obra en cuestión. El papel del homosexual en la cultura del país, la necesidad de valorar el arte por sus méritos estéticos y no por responder o no a un discurso político dominante, así como la satirización del actual gremio intelectual cubano, figuran entre los aspectos más llamativos en el debate temático que propone *Irish Coffee*. Al aludir a uno de los personajes, escritor, homosexual y apresado en varias ocasiones, el narrador comenta:

[E]l cinismo culterano y procaz de Eugenio suele resultar una patada en la canilla; para todos, incluyendo a sus amigos, al Ministerio de Cultura y a la Seguridad del Estado, Eugenio es un provocador patológico, obsesionado y postalita: no les falta razón, la verdad es que Eugenio se place en pinchar auditorios, mientras más intelectuales, mejor. (p. 79)

El autor de *Irish Coffee* nos entrega un texto en consonancia con la realidad cubana actual. Su reedición coincide con una serie de sucesos que, entre finales de 2006 e inicios de 2007, permitieron a la intelectualidad nacional reabrir los viejos archivos del resentimiento y el dolor. Varias de las temáticas abordadas en esta novela referentes al gremio artístico fueron retomadas como objeto de análisis en lo que sería una cadena de encuentros y debates. Tras una mirada al contexto cultural del país, encontramos en la última entrega de Alejandro Álvarez el manifiesto de un artista que prefiere involucrarse y hacerse notar como parte del sentir de una época. Esta obra es, si no la génesis, una de las primeras muestras de la necesidad imperiosa de visitar caminos no olvidados en pos de un mejor estado de ese valor imprescindible para toda sociedad: la cultura.

© TEMAS, 2008